
Modos de enseñanza en pandemia por Covid-19: amor y hospitalidad docente

Blanca Estela Galicia Rosales

Maestra en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria 602 “Juan Rulfo” en Chimalhuacán, Ozumba de Alzate, Estado de México. blanquitagalicia@yahoo.com.mx

Los acontecimientos de mi existencia siempre han desplegado nuevas maneras de ver la vida, de sentir el mundo que me rodea y de la posibilidad de crear nuevas formas de reconocirme en medio del caos. La docencia ha sido un modo de asumirme ante la vida, me incorporé a ella de manera voluntaria, libre y desinteresada. Estudié en la escuela Normal de Amecameca los primeros dos años de la Licenciatura en Educación y posteriormente de mudé a la escuela Normal de Chalco en donde terminé especializándome en el área de Ciencias Sociales en escuelas secundarias.

Egresé en el año 1994 y en ese mismo año comenzó mi trabajo frente a grupo y digo literalmente *frente* porque esa era la posición: los niños sentados y yo frente a ellos, junto al pizarrón y al escritorio, recuerdo muy bien que en la escuela Normal hacía prácticas en diversas instituciones y diseñaba los planes de clase en donde ponía como punto central el objetivo y después escribía una serie de pasos que llevaría a cabo a lo largo de la sesión de trabajo, en ocasiones llegaban los profesores que checaban la asistencia a las prácticas de conducción y contrastaban lo que había escrito en mi planeación con lo que ellos miraban en las clases, de pronto me parecía que las prácticas consideradas más exitosas eran aquellas en donde los *practicantes* tenían el control de los procesos de enseñanza y, por supuesto, de los estudiantes.

Para que nada fallará en clase, se me había indicado que debía llevar el material para todos los niños (ese material también era revisado para autorizar la práctica), se me pedía ir vestida con uniforme de gala (traje sastre y zapatos de tacón alto), ser seria y firme para que los estudiantes me obedecieran y respetaran.

Así egresé, pensando que las prácticas escolares debían seguir prescripciones y reglas, dado que la formación que daba a los estudiantes, debía privilegiar el conocimiento sobre los contenidos temáticos, por lo tanto, era de gran importancia llevar los cuadernos en orden, portar el uniforme, cumplir con las tareas, llegar temprano a la escuela, tener el máximo número de aciertos en el examen, porque de eso dependía el que un estudiante tuviera *buenas calificaciones*. Así podría decirme *buen docente* si la mayoría de los estudiantes a mi cargo sacaban dieces.

Al paso de los años y mi estancia al frente del grupo, me hacía sentir un poco incómoda y ocasionalmente nos acomodábamos por equipos y ahí me di cuenta que mi posición cambiaba, ahora era maestra integrada al grupo, desde ahí podía ver y oír otras cosas que frente a grupo y por supuesto los estudiantes también, sin embargo, estas prácticas no eran constantes porque a momentos sentía que algunos niños aprovechaban su estancia en los equipos para platicar de sus vidas y eso me generaba la extraña sensación de perder el control, por ello, muchas veces regresé al trabajo en filas y volvía al frente.

Poco a poco comenzó la emergencia de discursos pedagógicos novedosos que recomendaban un cambio en los modos de enseñanza, en donde se proponía poner más atención en los estudiantes que en los docentes, esas ideas estaban contenidas en diversos escritos y escuchadas en constantes cursos, la lectura continua de textos en ese tenor me hicieron pensar en la necesidad de generar nuevas prácticas, nuevas posiciones en el grupo, nuevos modos de interacción y nuevas actividades de aprendizaje.

Así fue que tomé la decisión de conversar más con los estudiantes para saber cuáles eran sus intereses, situaciones familiares, sentimientos, emociones y formas de vida. Poco a poco se fueron desdibujando las ideas de que los contenidos temáticos eran más importantes que las conversaciones con los adolescentes, incluso el control del profesor sobre el grupo era de gran relevancia, pues como ya lo plateaban Bárcena y Mèlich (2000) "...toda educación implica un mínimo compromiso ético con una relación educativa. De acuerdo con esto, sólo asentado dicha relación, en la idea del respeto a la dignidad del educando y en el

valor conferido a la autonomía del otro estaremos asimismo en condiciones de impedir que esa relación devenga en una relación de fuerza o de dominación” (p. 145).

Para muchos de mis colegas lo peor que me había pasado era la pérdida del control porque había sido permisiva, ellos decían que en la clase *debían permanecer callados, traer el uniforme, obedecer al docente sin protestar* y yo no pensaba de ese modo, pues las relaciones de fuerza y dominación eran un modo común que los docentes habíamos asumido por la fuerza de la costumbre y la tradición.

La idea anterior me interpeló y tuvo efectos en los años posteriores en donde se abrieron muchas preguntas: ¿qué podría pasar si perdía el control del grupo?, ¿qué podría pasar si en la preeminencia del diálogo con los estudiantes, los contenidos perdían relevancia?, ¿qué pensarían los compañeros docentes y los directivos al mirar una práctica desordenada?

Con esto quiero decir que las mudanzas de posiciones en los modos de contribuir a la formación de los adolescentes siempre tuvieron resistencias, como las que manifestaban los padres de familia quienes me buscaban para pedirme que volviera a las formas estructuradas porque se les hacía complicado llevar un control de las tareas de sus hijos, ya que en el cuaderno ellos veían si había cumplido o no, por otro lado, los estudiantes más destacados decían que el trabajo en equipos no les gustaba porque había niños incumplidos y esa situación ponía en riesgo sus buenas calificaciones. Mis compañeros de trabajo manifestaban su desacuerdo ante mi necesidad de no reportar a los niños que no tenían uniforme y mi tolerancia con los estudiantes rebeldes que algo tenían que decir con sus actitudes en desacato.

Sin duda fue una época de complicaciones para mí, pues a veces el grupo parecía caótico y desubicado, había mucho ruido porque la cercanía de los otros en los equipos hacía que todo el tiempo estuvieran platicando, en los exámenes no había buenas calificaciones y al parecer de los otros que nos miraban, decían que esas maneras no funcionaban porque ya no se veía en donde estaba el docente dado que todo el grupo estaba revuelto.

Las lecturas acerca de la *educación bancaria y de la educación como práctica de la libertad* de Freire (2005), me dieron un poco más de argumento y eso me ayudó a no darme por vencida y continuar trabajando de esa manera, con la seguridad de que había experimentado algunos cambios en mis prácticas que implicaban algo novedoso y por tanto de difícil comprensión. Cada día, al hablar con los estudiantes, me sentía más cercana a ellos y por momentos lograba entender por qué no cumplían con sus actividades escolares o por qué no llegaban temprano, es importante decir que los estudiantes se acercaban más a mí para platicar y contarme lo que les ocurría, con ello, al paso del tiempo descubrí que ni siquiera buscaban que les ayudara a solucionar algo, simplemente era para escucharlos.

Para Bárcena y Mèlich (2000) “Esto es lo que significa hacerse cargo del otro, cuidar del otro. Me hago cargo del otro cuando lo acoyo en mí, cuando le prestó atención, cuando doy relevancia suficiente al otro y a su historia, a su pasado. Así, la hospitalidad no se orienta sólo al futuro, sino que tiene que ver con el pasado, especialmente con el pasado que los otros han sufrido (p. 146).

Hacer de la docencia una práctica hospitalaria era una buena idea: mirar a los ojos, hacer preguntas, dar opiniones o simplemente escuchar, esas eran las maneras de crear atmósferas de confianza y de afecto, procuraba ofrecer un espacio en las sesiones de Formación Cívica y Ética, para platicar de manera pública o privada sus vivencias, experiencias y acontecimientos. No puedo afirmar que a todos los estudiantes le gustaba esta situación porque eso implicaba poner más atención a quienes más sufrían y eso incluía a los incumplidos y desordenados, esta situación, desde la mirada de algunos adolescentes que no tenían problemas en su desempeño escolar: era como tiempo perdido.

A principios de 2020, estaba terminando estudios de doctorado y debía incorporarme a mi plaza de secundaria, había estado pensado mucho acerca del regreso a la escuela y en las prácticas que iba a proponer en cuanto se diera el regreso, sin embargo, otro acontecimiento cambió brutalmente el rumbo de lo que estaba pensando: la emergencia de la pandemia por Covid-19 y la recomendación del gobierno

mexicano de incorporarnos al trabajo docente con la modalidad *on line* y con el programa Aprende en Casa II.

Todo esto me hizo pensar en nuevos movimientos para la producción de prácticas de formación a distancia, en ese momento sentí angustia e incertidumbre ante una nueva realidad, pues con dos años lejos de la escuela secundaria: ¡no conocía a ningún estudiante!, así que recopilé los números telefónicos para usar el WhatsApp como medio de comunicación, como espacio de trabajo y como posibilidad de organización de los grupos para distribuir información. Hicimos videos de presentación, biografías y álbumes de fotografías para conocernos un poco más, utilizamos las conexiones en videoconferencias por Google Meet, fue así como iniciamos nuestros encuentros a distancia. Cabe destacar que se hizo énfasis a los estudiantes acerca de que las dudas sobre los trabajos escolares y los contenidos, los haríamos por vía directa: mensaje privado, videollamada o llamada y así estuvimos trabajando el primero y segundo trimestre.

Al inicio del tercer trimestre, los estudiantes pidieron experimentar en la plataforma *Google Classroom* y con algunas complicaciones, llevamos a cabo un cambio de domicilio virtual que implicó otras maneras de trabajo y aunque algunos estudiantes siguen sin cumplir con las actividades propuestas, se ha mantenido comunicación con ellos, quienes a pesar de la distancia me platican: *que sus familias se han enfermado de Covid-19 y tienen secuelas, que algunos seres queridos han fallecido, que su situación económica es complicada porque sus padres no tienen trabajo, que no tienen red internet en sus hogares, que la televisión no capta los canales para el programa Aprende en Casa, que tienen los recursos pero se sienten deprimidos y sin energía para hacer las actividades, que no entienden las indicaciones para realizar los trabajos académicos* y muchas otras situaciones que me han expresado los estudiantes y que son inherentes al trabajo desde la modalidad virtual.

No puedo forzar el cumplimiento del *deber ser* porque es complicado exigir lo mismo para todos, no puedo pedir el cumplimiento homogéneo de las actividades de aprendizaje porque las circunstancias que cada estudiante enfrenta son diferentes, sin embargo, he platicado

con una gran mayoría de ellos para manifestarles mi apertura y apoyo cuando lo requieran. Algunos de ellos me buscan en horarios distintos al turno matutino y la gran mayoría de consultas las atiendo, pese a esos esfuerzos, no he podido incorporar a todos los adolescentes al trabajo escolar y creo que en el modo presencial tampoco podía. Lo que sí puedo hacer es producir prácticas hospitalarias en donde ellos sepan que hay un espacio en donde pueden encontrar la puerta abierta para solicitar asesoría y apoyo, con base en sus necesidades singulares.

Es importante hacer visible que hay una realidad que por ahora nos impide regresar a la escuela, eso es algo que podemos aceptar y buscar las maneras de sobrevivir formativamente, pues se trata de: "... disponerse a aprender, a través de la experiencia concreta, a no eludir esas condiciones. Aprender a vivir la existencia según la cara que le es propia" (Bárcena & Mèlich, 2000, p. 151).

El año 2021, me ha dejado ver que se acerca el *tiempo híbrido* en donde a decir de la Secretaría de Educación Pública, los docentes seremos vacunados y con ello otra vez nos podremos incorporar de manera escalonada y voluntaria a las instituciones escolares y nuevamente estoy pensando en la emergencia de otros modos de contribuir a la formación de estudiantes de la escuela secundaria y en las emociones que experimentaremos el día que volvamos a sentir nuestras presencias entre la hospitalidad y el amor.

Referencias

- Bárcena, F; Melich J. (2000). *La educación como acontecimiento ético. Natalidad, narración y hospitalidad*. España: Paidós.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Ciudad de México: Siglo XXI.